

TARDE XLII

EL EJEMPLO

Si pretendes enseñar
Doctrinas de bien vivir,
Debes primero advertir
El ejemplo que has de dadar.
De poco sirve dictar
Morales disposiciones :
Que no bastan las razones
Si las obras no acompañan,
Y no pocas veces dañan
Los actos á las lecciones

Benito, gozoso de haber vuelto á la gracia de su padre, protestaba no volver á incurrir en faltas como las que habian dado lugar á sus castigos. ¡ El malvado Roland ! ¡ qué hombre ! Refirió Benito á sus hermanos la mañana siguiente las extrañas crueldades de este verdugo de los muchachos ; todos se estremecieron, compadeciéndose de Benito porque habia caido en las manos de un hombre tan cruel ; y le aplaudieron el valor que habia tenido para quebrantar su prision. Ignoraban que todo esto no era mas que una especie de comedia arreglada entre su padre y Mr. Roland, pues este, oyendo las quejas de Palemon en orden á Benito, discurrió un medio singular para asustarle y tal vez para corregirle. Yo poseo, dijo á Palemon, junto á un molino un edificio antiguo, dividido en várias piezas. Juntaré en él varios mucha-

chos, sirviéndome para este efecto así de mis hijos como de los amigos, y los instruiré en lo que deben hacer. Con este objeto Mr. Roland, cuando Benito quedó en su poder, tenía ya arregladas las decoraciones necesarias, auxiliado de su criado y de siete ú ocho jóvenes de las cercanías. En realidad las tres salas de penitencia no eran mas que una pura invencion; pero muy propia para hacer su efecto en el cerebro de Benito que se hallaba encerrado por la vez primera. Un muchacho estaba encargado de inspirarle la idea de escaparse, é indicarle el mal cubierto cañon de la chimenea si él no lo advirtiese. Era bien seguro que Benito haria todo lo posible para huir, y que lo conseguiria fácilmente, como que nadie se lo impediria. Mr. Roland habia avisado á Palemon el dia que empezaba la pieza cómica; y Palemon con solo el objeto de ver llegar á su fugitivo hijo, determinó comer con su familia en el campo, y en sitio que estuviese á vista del molino. No temia que Benito huyese á otra parte que á su casa, porque conocia muy á fondo su corazon; y aun cuando el muchacho hubiese intentado dirigir sus pasos á otra parte que á la granja, no habria podido alejarse mucho, porque el mozo del molino le espiaba todas sus acciones, y estaba á caballo detras del edificio para correr en pos de él y prenderle si tomaba algun otro camino. Estaba pues todo muy bien combinado para asustar y corregir al pobre Benito; todo habia salido á medida de los deseos de su padre; y este esperaba que su hijo cambiase, y abandonase, no sus vicios pues no los tenia, sino algunas vivacidades que pueden perdonarse en cierta edad; pero que es preciso corregirlas para evitar su trascendencia.

Despues que Benito hubo contado sus desdichas á sus hermanos, estos en recompensa le refirieron todas las aventuras de Mr. Delacour, de las cuales solo el principio habia oido Benito, y las del caballero Enrique. Así se pasó esta mañana, en la cual todo fué mutuas confianzas y caricias. Por la tarde se juntaron en el terrazo sin objeto decidido; pero confiados en que Palemon ó su amigo harian el gasto de la conversacion y de sus diversiones. Apénas se habian reunido, oyeron llamar reciamente á la puerta. Palemon, admirado de que á hora semejante viniese alguno á visitarle, y que llamase con tan poco miramiento, mandó á Armando que acompañase á Marcela, que iba á abrir; pero este quedó aturdido, y aterrado Benito, al ver entrar á Mr. Roland.

Mr. Roland era el diablo para Benito y para todos los muchachos. Se figuraban que su anciano padre trataria severamente á

este importuno, reconviniéndole par la cruel conducta que habia tenido con su hijo; pero nada de eso: Mr. Roland fué muy bien recibido, y se le mandó sentar. ¿Sois vos, amigo mio? le dijo Palemon, ¿qué es lo que aquí os conduce tan cerca de anochecer? — Vengo, dijo Roland lanzando una severa mirada á Benito, que se estremeció, á pedir mi discípulo que se escapó ayer de mi casa, causando en ella un gravísimo desórden. — ¿De véras? — Sin duda: no se contentó con romperme las paredes y huir como un facineroso, sino que implicó en su insubordinacion á otros jóvenes que yo castigaba por algunas culpas, y que me han sido confiados por sus padres, á los cuales no puedo presentarlos. Esto es lo que ha hecho: considerad ahora si merecen perdon tales desafueros.

Todos callaban, y cada uno esperaba temblando la respuesta del padre, quien parecia que dudaba y no sabia qué contestar; pero al fin Palemon se explicó de esta manera: Siento infinito que mi hijo no se haya contentado con huir solo, sin inducir á los demas á que imitasen su ejemplo, turbando así el órden de vuestra casa. Su obligacion principal era esperar mis órdenes y procurar ganar vuestro afecto, en vez de excitar vuestra severidad; pero le he perdonado, y cuando empeño mi palabra no acostumbro á quebrantarla. — ¿Conque no me le volveréis? — Desde luego creo que él no tiene mucha gana de seguiros; el aspecto de vuestras prisiones le ha espantado mucho; y á mas de eso, le he admitido en casa bajo la promesa que me ha hecho de ser muy otro, y particularmente de moderar la aspereza de su carácter. — ¡Hé aquí como son los padres! así echan á perder á la juventud; y los sugetos á quienes confian su enmienda, no pueden hacer nada. — Amigo mio, os equivocáis; yo no echo á perder á mis hijos; los corrijo, pero siempre como padre. Yo no puedo olvidar este sagrado título, que me ordena ser mas indulgente y sufrido que lo que se puede exigir de un extraño. Si mi hijo se arrepiente de buena fe, si se propone firmemente corresponder á mi ternura con su docilidad, complacencia y dulzura, ¿por qué queréis que me complazca en sujetarle mas á la vara de hierro de que habiais empezado á hacer uso? No lo esperemos todo de la juventud: es inconstante y viva, pero se puede corregir. ¡Ah! sería preciso que mi hijo tuviese muy mal corazon para que no conociese el extremo con que le amo. Mr. Roland, jamas seré tirano de mis hijos, sino su mayor y mas tierno amigo. — Á la verdad, que si yo hubiese tenido un padre como vos, no sería

tan infeliz, ni la desgracia hubiera agriado tanto mi condicion. — ¿Pues qué, no os manifestaba vuestro padre el mismo afecto que yo profeso á mis hijos? — No por cierto; y á no ser por un venerable sacerdote, á quien lo debo todo, há mucho tiempo que estaria en el sepulcro. — ¿Es posible? Hacednos el favor de contarnos la historia de vuestra vida, porque no puede ménos de interesar á cuantos nos hallamos presentes. — Lo haré, amigo mio, pero ántes exijo que me entreguéis á Benito. — Eso no; no puedo complaceros, porque he prometido tenerle en casa, y debo cumplirlo; lo que únicamente puedo ofrecer es volvérosle á enviar si me pone nuevamente en la precision de desterrarle de mi presencia; pero me lisonjeo de que no se verificará este caso. Así pues no hablemos de esto, y servios referirnos vuestras aventuras, que sin duda serán muy particulares segun infiero de algunos ligeros sucesos que en ciertas ocasiones me habéis confiado.

Todavía insistió Roland increpando lo que llamaba flaqueza de Palemon en órden á su hijo Benito; pero al fin resolvió satisfacer la curiosidad de su amigo haciendo la siguiente relacion, que fué oida atentamente por todos, y mas por Benito, que ya se hallaba enteramente sosegado.

El mal padre.

Mi padre era tratante en granos en una pequeña poblacion situada á cuatro leguas de Paris, llamada San German en Laye. Se habia casado por pura inclinacion, y sin que mi madre le llevase dote alguno; pero aquella pasajera inclinacion que le habia obligado á casarse, fué de muy corta duracion. Bien pronto se olvidó de su amor con esta virtuosísima mujer, tratándola con el mayor rigor y desprecio: y para desquitarse del tedio que le causaba, se entregó á ocultos amores si tales pueden llamarse los vergonzosos lazos que unen á los esposos y padres de familia con las rameras, cuyo objeto y oficio es siempre el de enredar las casas, ridiculizar las esposas á los ojos de sus maridos, y arruinar las familias. Tal era la conducta de mi padre: mi madre no lo ignoraba; pero paciente, dulce y tímida, lo disimulaba todo para evitar continuas desazones. Yo era el único fruto de su matrimonio; y al paso que mi padre me miraba con poco cariño, mi madre me amaba con la mayor ternura. Desde mi mas tierna edad no cesaba mi padre de reprenderme sin saber por qué, y aun me maltrataba con inaudita crueldad. Sentia esto mi madre, y le afeaba

muchas veces su rigor; pero él no hacia caso, y aseguraba que yo seria siempre un grandísimo bribon.

Así me crié hasta la edad de la razon, siendo testigo de la mala conducta de mi padre, y de las lágrimas y tormentos de su infeliz esposa. Tenia ya diez y siete años, cuando una noche que me retiraba algo mas tarde de lo acostumbrado, y temeroso de que mi madre se impacientase por mi tardanza, al pasar junto á una calle que desembocaba en la nuestra, encontré una jóven afligida y llorosa, que corriendo precipitadamente se arrojó en mis brazos, exclamando: Cualquiera que seáis, secorredme, defendedme de quien me persigue. El interes que inspira una mujer llorando, y el natural deseo de favorecer á una desdichada, me obligaron á cogerla del brazo, asegurándola que la defenderia á todo trance; y que no la abandonaria hasta dejarla en lugar seguro. Apénas acabé de hacerle esta promesa, cuando vi pasar junto á nosotros uno como militar con la espada desnuda, el cual no hizo mas que mirarnos, envainar su espada, y retirarse pronunciado estas palabras: ¡ Maldita! ¡ yo te cogeré sola, y sabré vengarme!

Apénas pasó, me dió las gracias la jóven y me suplicó la acompañase un momento en su casa, allí inmediata, no volviere el perseguidor, que dijo era un amante desdeñado, y la maltratase. Subí en efecto con ella, y entramos en una sala adornada con primor; presentóme una silla y se reclinó en el sofá, dando rienda suelta á su llanto y diciéndome que su virtud era la causa de los malos tratamientos de aquel hombre brutal. Disponiase á referirme sus desgracias cuando llamaron á la puerta. — Si será él... ó será mi amigo... En todo caso os suplico os retiréis á esta alacena. Salió á abrir, y un instante despues volvió á entrar acompañada de un hombre, y se entabló entre él y Sofia, que así se llamaba la jóven, una escena de celos... ¡ Cómo quedaria yo cuando en la voz del recién llegado conocí la de mi padre!... Solo puedo decir que el temblor que de mí se apoderó y algun otro movimiento, me hicieron chocar con no sé qué objetos de cristal, que cayendo y rompiéndose con grande estrépito me descubrieron... Mi padre hizo abrir la alacena, y al verme salir de ella quedó confuso, y cubriéndose el rostro con ambas manos, exclamó: — ¡ Mi hijo aquí!... — ¡ Tu hijo! contestó Sofia, pues es bellissimo y de buen corazon; él me ha salvado de tu rival que me perseguia con espada en mano. Mi padre creyó que esto no era sino una pura invencion de Sofia y que yo era otro de sus amantes. Me miró con el mayor enojo, y me mandó quitarme de su presencia. No

esperé á que me repitiera esta órden ; salí apresurado y no sé lo que pasaria entre él y Sofia : lo único que puedo decir es, que desde entonces me trató mucho peor que ántes, que me hacia espiar cuantos pasos daba, y que mi casa era un continuo espectáculo de lágrimas y desolacion, sin embargo de haber yo cumplido religiosamente el mandato de mi padre, de no hablar á mi madre del lance de casa de Sofia.

Un dia convidó á almorzar á un caballero, y al terminarse el desayuno mandó que me preparase para ponerme en camino al dia siguiente para Tolon, donde con aquel sugeto, que era capitán de navío, me embarcaria para América. Mi madre se opuso con obstinacion, y esto produjo un altercado en que pasando á vias de hecho, hasta al capitán y á mí que nos pusimos por medio, alcanzaron algunos golpes de mi padre. Separado ya el verdugo de su víctima, declaró el capitán que no era su ánimo causar disensiones en las familias, ni arrancar á ningun jóven del seno maternal contra su voluntad.

Mi padre marchó enfurecido y no volvió en toda la noche: al dia siguiente se llenó la casa de ministros de justicia que arrebataron cuanto en ella habia para pagar los alquileres de la habitacion, y hasta sin cama nos dejaron. Aun no habian salido cuando se presentó otro con una órden formal para llevarme á una casa de correccion, por haber maltratado y aun herido, decia la órden, á mi padre. Cuál sería mi sorpresa y el dolor de mi madre, fácil es de discurrir : sin embargo conservé mi presencia de ánimo, solicité se me permitiese escribir y recoger algunas ropas, y puse á mi madre y le entregué en su mano un papel que decia : « Madre mia, es preciso huir : id á buscarme á casa del párroco de Serville. » En seguida entré en mi cuarto como que iba á buscar mis ropas, y me descolgué por una ventana : bajando á un corredor me así de la sogá de un pozo poco profundo que en él habia, y deslizándome por ella, descendí hasta el fondo, donde unas veces pendiente de la sogá, otras sumido en el agua hasta la cintura, permanecí el resto del dia. Cuando ya de noche iba á salir, ocurrió á una cocinera ir á sacar agua y empezó á tirar de la sogá desde arriba, yo tiraba desde abajo, y por último ahuecando la voz di un grito que la hizo huir dando alaridos : volví á trepar sin pérdida de tiempo, salí al corral y saltando las tapias me encontré en la calle, y muy en breve me vi fuera de Paris.

No tardé en llegar á Serville : me dirigí á casa del párroco, y al llegar á ella advertí que me esperaban. ¿ Sois Roland ? me pre-

guntó una mujer jóven en voz baja. — Sí, yo soy. — Dios sea bendito. Y me abrazó con ternura, quedando yo sorprendido al reconocer en ella á Sofia ; quise huir y me lo impidió. No soy vuestra enemiga, me dijo, ántes bien soy víctima del monstruo de vuestro padre, á quien no veré jamas. Entónces vine en conocimiento de que Sofia era una sobrina del virtuoso párroco, de quien este nos habia hablado y cuyos extravíos deploraba.

Subí á las habitaciones altas, y allí encontré á mi madre á quien el señor cura, que habia sido su tutor, estaba consolando, pues ya la parecia tarde, y temia me hubiese sucedido algun percance; por lo cual me abrazó con la mayor ternura. Tambien fui bien recibido del respetable eclesiástico, quien me exhortó á que me tranquilizase, pues ya procuraria arreglarlo todo.

Al dia siguiente, Sofia me refirió con minuciosidad su historia ; dijome que su conducta habia sido depravada, pero que se hallaba arrepentida y resuelta á hacer penitencia en un claustro el resto de su vida. Que un oficial la habia sacado de la casa paterna y habian vivido juntos hasta que, cansada de sus malos procederes, habia dado oído á las solicitudes de mi padre, á quien habia tenido por soltero durante mucho tiempo, y los celos y amenazas del primero fueron los que motivaron el encuentro de la noche que la conocí : que mi padre por último la habia abandonado, despojándola de cuantos muebles y ropas tenia, y ella se habia acogido á la proteccion de su tío : y me rogó guardase silencio sobre todo, el cual la prometí.

Dos dias despues, mi madre acompañada del sacerdote fué á visitar al magistrado que habia dado la órden de reclusion contra mí, y haciéndole una verdadera relacion de los atropellamientos de que éramos víctimas, consiguió la revocase. Tambien supieron en Paris que mi padre, recuperado por algunas ganancias que habia tenido en el juego, habia puesto casa nuevamente y deseaba que fuésemos á su compañía ; pero el prudente párroco se opuso á que dejásemos su casa hasta que nuestra tranquilidad quedase asegurada ; queria tambien que asistiésemos á la toma de hábito de Sofia, cuya ceremonia debia celebrarse en uno de los dias inmediatos. Así nos hallábamos contentísimos....

Pero es tarde y hasta mi molino hay una legua : mañana volveré y continuaré mi historia. Á Dios, señores. Palemon no le dejó salir ; pasó allí aquella noche y el siguiente dia, manifestando un genial nada conforme con el rigor que en su molino desplegabá.